

»La madre curó las llagas y dijo: — ¡Mal haya el gladiolo! Abandonad el gladiolo, hijos míos.

»Algunos días después, los hijos volverán erizados de puntas espinosas: tan cubiertos como un cordero con su lana. Nuevamente Ambali curó los rasguños.

»Y dijo: — Es poco cómodo batirse de ese modo. Id á buscar el hierro al país de los indos; forjadlo en hachas y puntas de flecha; curvad en arcos los bambúes; adornad vuestras cabezas con plumas; acorazáos con pieles y telas; id á la batalla.

»La batalla afina los espíritus, fortalece los corazones. Por continuidad tendréis tejidos, sal y azúcar. Y aprenderéis á conocer otros hombres y otras formas.

»Los hijos y los nietos de Ambali fueron á la guerra, pero casi todos perecieron. Los supervivientes vinieron y dijeron: — Madre, te hemos obedecido; ¡Pero, cuántos muertos! Ante el filo del hierro es imposible subsistir.

»Y Ambali Baylia contestó: — Es cierto, en el hierro no entró gota de piedad. Pero vosotros calentadlo al fuego de la fragua, forjadlo con un martillo y modificad las rebabas de vuestras flechas. Lo cual hicieron, y después, el hierro mata á todos los que toca. No obstante, defiende los límites sagrados, protege nuestro haber y nuestros derechos.»

Después de una pausa, el sacerdote grita á uno de los grupos: «¡A las armas, á las armas! Yo voy al frente. ¡Marchen!»

Guiados por el hombre de Dios, unos cuantos corren hasta los límites de la tribu que han resuelto atacar. Se arroja una flecha por encima de la frontera; los hombres saltan después. De un árbol que crece en el suelo enemigo, cortan una rama los mensajeros y se la llevan. Símbolos parlantes, y que pueden llamarse universales, puesto que se los encuentra en pueblos tan diferentes como son los mundrucos de la América me-

ridional, los nagas y los romanos. De regreso al santuario, el djami rodea la rama talada con pieles y trapos; de dos ramas, simulando los brazos, cuelga las armas; luego derriba ante el altar el maniquí representando al enemigo vestido de guerrero.

Después exclama:

«Oh, Dios de la Luz, y todas las demás divinidades, sed testigos de que hemos ejecutado todas las prescripciones ordenadas.

»Así, pues, Dios de la Guerra, abstente de visitarnos bajo forma de tigre, de calentura y otras plagas.

»En toda justicia, la victoria es nuestra.

»¡Escuchad, oh dioses! Nosotros os pedimos, no que nos garantizéis ante la muerte, sino de que seamos aliados, estropeados.

»¡Cubridnos de gloria, oh dioses! Y no olvidéis que somos los sobrinos de los héroes, vuestros amigos!»

Terminados esos preparativos, falta sólo notificar la declaración de guerra, pues la lealtad exige que el enemigo tenga tiempo de armarse, de tomar todas las medidas defensivas, de hacer todas las ceremonias que captan el favor de los Inmortales, y por consecuencia el éxito. De cada bando se promete á Dméter una víctima humana, y á Marte-Apolo grandes candidadas de sangre de machos cabrios y de pollos.

El jefe del pueblo manda á jóvenes mensajeros para que recorran los puntos designados. Haciendo ejercicios con arco y flechas, hacen saber á los hombres de la otra tribu que se les espera en tal punto, á la salida del sol. Los interpelados responden por cumplimientos y felicitaciones, acogiendo á los heraldos como si fuesen portadores de buenas nuevas.

El día indicado, los guerreros se presentan en el sitio designado vestidos de gran gala, lavados y perfumados como para una gran fiesta; se han hecho un tocado especial con penachos de plumas que agita el

viento, y en marcial actitud como jamás imaginó caballero alguno. Las mujeres llegan con odres llenos de agua y cestas repletas de alimentos, pues el combate será rudo y podrá durar todo el día. Tomando sitio como espectadores, los viejos, á los que la edad no les permite entrar en la liza; habiendo participado en muchas de esas fiestas, aconsejarán y darán bríos á hijos y sobrinos. La señal de la revuelta la da el partido agresor, que en el lugar del combate arroja un paño encarnado (se le hará á la tierra un paño de sangre). Los sacerdotes dan varias palmadas: Una, dos, tres... ¡A ellos, alegremente!

La batalla es una sucesión de combates singulares, interrumpidos por descansos y comidas entremezclados con desafíos y diálogos al modo de los héroes de Homero. Los espectadores gozan con los efectos de las armas; diríase una representación de gladiadores; es un juego, pero un juego terrible. Los golpes caen como el granizo; los guerreros parecen leñadores ocupados en la tala de hombres. Soberbios hachazos, bellos desgarrones, elegantes paradas, graciosos avances y retrocesos. Las mujeres aplauden, las mujeres, cuya presencia se tiene por indispensable. Esposas, hermanas y madres, enjugan el sudor que cae por las frentes, refrescan los labios alterados, masan los miembros rendidos; manos acariciantes calman los pechos que el esfuerzo hace palpar. Sobre el primero que cae sin vida, primicias del combate, se precipitan todos para bañar sus armas con la sangre; en algunos instantes su cuerpo es despedazado. Quien tiene la suerte de matar al enemigo que se le pone en frente sin haber sido siquiera herido, separa del tronco un brazo muerto y va á presentarlo al sacerdote para que éste lo ofrezca á Loha como presente. Al siguiente día, suele verse un montón de brazos sobre un altar: una treintena de hombres han perecido de un bando, una veintena

del otro; muchos más han sido heridos. Pero no siempre se detienen ahí, y cuando las cosas se hacen á lo grande, continúa al día siguiente y sucesivos hasta aniquilar completamente á una de las partes.

Eso es, bien mirado, menos una batalla que un torneo, que una justa en campo cerrado. Caballeros, más bien que soldados, los khouds ignoran la táctica, desprecian las marchas, contramarchas y movimientos envolventes ú otros, pero no conocen la indulgencia ni el perdón, se matan en familia, como menos enemigos que rivales.

No obstante, las cosas más regocijadas acaban por hastiar, y las más bellas duran demasiado tiempo. Las primeras que se hartan de batalla son las mujeres, expuestas á perder uno tras otro el padre propio y el padre de sus hijos. Tomadas, como la ley lo ordena, en otra tribu distinta á la de su nueva familia, más de una asiste al duelo entre su hermano y su marido, los admiran igualmente, temblando por la vida del uno y la del otro. Como las sabinas de otro tiempo, intervendrán para reconciliar. Ellas comunican libremente con uno y otro partido, como hacen también en las montañas de Assam los katchou nagases, que, cualquiera que sea la guerra á que se entreguen sus maridos, no interrumpen ellas sus visitas y asuntos cotidianos. La neutralidad de las que ven matarse mutuamente sus padres y hermanos es reconocida. No encuentran nada feo en que al día siguiente del combate se junten ellas para mezclar sus duelos y lágrimas. Ellas son, pues, las que toman la iniciativa é intervención para la paz, y, en el momento propicio, hacen intervenir una tercer tribu, que manda heraldos para gritar: «¡Basta! ¡Basta!»

Ordinariamente se contesta: «Nosotros no hemos querido la guerra; es Loha quien la ha exigido; si él

quiere que continúe, las flechas se escapan contra nuestra voluntad.»

«Sin duda, replican los pacificadores. Pero si Loha está contento, daos vosotros por satisfechos. Nosotros vamos á consultarlo. Que uno y otro bando delegue dos heraldos para ser testigos de su contestación.»

El djauni lleva arroz, deja caer una flecha tomada en el santuario de Loha. ¿Queda derecha la flecha? ¡Que la guerra siga su curso! ¡La flecha se inclina y cae? ¡Que se haga la paz en seguida!

Sin embargo los beligerantes necesitan nueva prueba. ¿Por qué no? El sacerdote convoca á todo el mundo ante el altar, invoca al dios:

«¡Oh, Lhoa! Tú decidiste la guerra. ¿Por qué? Nosotros lo ignoramos.

»¿Querías, acaso, preservar toda nuestra valentía, que hubiera podido perderse en la inacción? ¿Querías impedir que nuestros enemigos se hiciesen demasiado fuertes? ¿Querías substraernos á la pereza y á la indolencia? ¿Querías honrar á tus amigos con hermosa muerte?

»Tal vez los forjadores de hierro, los tejedores y destiladores te incitaron á una guerra de la que ellos han sacado honra y provecho.

»¿Las fieras de las ciénagas, la caza de los juncales se te han quejado de que una paz más larga les sería fatal? ¿Las abejas, los pájaros, temen acaso ser exterminados por nuestros cazadores? ¿Los bueyes están cansados de soportar el yugo, de arrastrar el arado?

¿Tenías otra razón para nosotros desconocida? Sea lo que fuere, por lo que á nosotros se refiere, tenemos ya bastante y quisiéramos que la paz nos fuese devuelta, si tal es también vuestra voluntad.

»Plázcate hacernos conocer tus designios.»

Terminada la invocación, el djanni pone en un plato grasa fundida, enciende una mecha. Si la llama se le-

vanta alta y recta, Loha quiere continuar la guerra; pero si la llama se inclina, Loha acepta la reconciliación.

Contraprueba: Sobre un plato lleno de arroz se coloca un huevo derecho. Al igual de la flecha, si se mantiene recto ó se inclina, el dios está por ó contra la guerra:

«Loha, si tú quieres que la guerra continúe, danos una fuerza que dure hasta que las armas de nuestros enemigos caigan de las manos del último adversario.

»Si tú deseas la paz, tu servicio no sufrirá por eso. Pero en este caso obra sobre los corazones para que la paz sea leal y sincera. Sondea las almas de nuestros enemigos, consulta el espíritu de los dioses, disuelve el fondo de sus pensamientos.

»Si desean la tranquilidad tanto como nosotros, bailaremos la danza de la paz, y nuestros pies levantarán una polvoreda que en tres días no caerá sobre el suelo.»

Eso basta, y empiezan las negociaciones. Tienen buen fin. El sacerdote convoca á las dos tribus y entona una de sus largas letanías:

»¡Que preste atención la multitud reunida!

»He aquí cómo surgieron las hostilidades. Loha había dicho: ¡Que haya guerra!

»Loha penetró en las herramientas, que de útiles de paz se convirtieron en instrumentos de guerra. El se hizo filo de hacha, punta de flecha.

»Ya Loha tiene lo que deseaba, la tierra abonada con sangre. ¡Basta ya!

»Que se embote el filo de las armas, que se extinga su cólera! ¡Que impere el amor y la amistad!

»Loha, dirige ahora tus pasos hacia otra parte; Diosa del Crecimiento, míranos con favor, haz que nuestro pueblo prospere y se multiplique.»

El sacerdote entonces asperja á la asistencia con

barro bendito, mezcla de una agua sagrada y tierra tomada en hormiguero ó termitero.

Terminado el tratado, los combatientes se entregan á la Danza de la Paz, ríen, saltan y dan vueltas con tanto empuje que, exaltados hasta el frenesí, desaparecen los últimos rencores, se extinguen los mal disimulados resentimientos. La reconciliación se considera como la mayor alegría dada al corazón, como la más intensa que puede experimentarse en el mundo. Ese éxtasis lo ha inspirado Loha, sería impío reprimirlo, irrespetuoso el moderarlo. Después de haberse desenfrenado durante tres ó cuatro horas como locos, no tienen bastante con trece ó quince días para reponerse del cansancio.

Para el khoud, hombre consciente de su noble destino, no existe más hermosa ocupación que la agricultura y la guerra. El arado es el reposo de los combates, y los combates el descanso después de las labores del arado. En ese pueblo singular, la guerra no altera las relaciones entre familias y tribus enemigas, no suspende las galanterías y casamientos. Ni siquiera las bodas se aplazan para la terminación de la guerra; los beligerantes suspenden los combates para entregarse á fiestas y regocijos en los que se tratan cortesmente y se divierten de veras, sin que se entrevea remotamente la preocupación de que al día siguiente se matarán con igual ferocidad que buen humor. Son crueles, pero no malos; tienen la particularidad del asesinato alegre. Lo cual hay que atribuir á la perfecta buena fe con la que atribuyen la muerte y la victoria á la intervención directa y personal de sus divinidades, únicas tenidas por responsables.

Seguramente, las tribus khoudas comprenden la gue-

rra de distinto modo al nuestro. Para ellas es el cumplimiento de un rito religioso y un deber moral, gracias al cual la población masculina adquiere fuerza y nervio y los dioses se llenan de sangre humana, de la cual se encuentran con frecuencia necesitados.

Obedeciendo al mismo sentimiento, los antiguos mejicanos se mandaban de tiempo en tiempo un mensaje en el que se decían: «Nuestros dioses tienen hambre. Venid, amigos, y matémonos para darles de comer.» Así, en 1454, durante la gran escasez, los sacerdotes se quejaron, en nombre de los Inmortales, que los prisioneros cogidos en largas expediciones llegaban demasiado fatigados y delgados para ser apetecidos por los dioses. En consecuencia, la libre república, de un lado, y los tres reinos, de otro, convinieron en que sostendrían una guerra constante, y que, por intervalos, y en lugar determinado anticipadamente, se batirían como caballeros, con objeto de hacer, no conquistas, sino prisioneros para satisfacer el hambre de las divinidades.

Después de haber dicho cómo viven los kolhs y los khouds, y sobre todo cómo se casan, cómo matan sus hijas y de qué modo se exterminan ellos mismos en sus torneos, hablemos brevemente de sus costumbres funerarias y de qué modo creen la existencia después de la muerte.

La cremación, en boga entre esas tribus, de derecho para los jefes, patriarcas y grandes personajes, practicada con la mayoría de los adultos machos, es negada, sin excepción, al montón anónimo de mujeres y niños. Interrogados por esta diversidad de tratamiento, los indígenas contestan que la incineración ocasiona muchos gastos y ceremonias para que se puedan pro-

digar. El motivo es plausible, ¿pero debemos tomarlo como suficiente? ¿Cuántas veces los pueblos se transmiten desde tiempo inmemorial costumbres que no han comprendido! habiéndolas heredado de sus ignorantes predecesores ó de otros pueblos próximos que tampoco las comprendieron. Aun siendo de orden práctico, la razón alegada no nos parece decisiva; al contrario, por ese carácter utilitario precisamente, la juzgamos sospechosa, en un orden de cosas dende el género humano carece, casi, de buen sentido y de sobriedad. Si los khouds se atienen á la economía cuando se trata de mujeres y niños, ¿por qué se exceden en los gastos cuando se refiere á padres y hermanos? La muerte es universalmente considerada como la puerta del mundo sobrenatural; por manera que en materia de imaginación y de fe, no se recurre á la ciencia y al buen sentido. Para explicarse la muerte se dirigen á lo imaginativo.

El entierro y la cremación determinan sistemas diferentes. Siguiendo la antigua teoría, la muerte, disgregación del organismo, devuelve á los elementos lo que éstos le habían prestado; el espíritu, destello divino, vuelve con la llama á las regiones etéreas, hacia el sol, hacia los astros distantes. ¡Honor para los que se consumen en la hoguera! Otra es la suerte de los que entierran; sus almas, no conteniendo más que principios acuosos y terrestres, terminan con la existencia actual ó van poco más lejos; son de naturaleza inferior y mortal, por oposición al espíritu, de naturaleza divina. También los morinocquas, en el Asia Menor, quemaban el cuerpo de los hombres después de la muerte y enterraban á las mujeres. Buena y valedera la explicación para un pueblo cuyos diez mil siguieron la misma suerte en su famosa retirada, ¿sería insuficiente para los khouds, descubiertos reciénamente?

La cremación no es igual en todas partes; lleva en

sí un ritualismo que varía según la casta y la calidad. Aquí, los individuos son quemados derechos, atados á un árbol; allá acostados, con la cara vuelta hacia el medio día. Las cenizas recogidas, como los huesos, se exponen los tristes restos sobre una capa de arroz — probablemente para que no sean nocivos, — y se los saca en procesión por las calles de la aldea y las casas de sus parientes y amigos. El muerto saluda y es saludado ante cada puerta; se le hacen mirar por última vez los árboles que plantó, los campos que cultivó; se le lleva á la puerta de las mancebias, en donde había bailado con frecuencia. Entre los ouraous, los huesos se depositan bajo un macizo de piedras que sombra un tamarindo; entre los khesias del Tchota Nagpour, los arrojan al río, que los arrastra hasta el valle que en otro tiempo habitaron sus antecesores, antes de ser expulsados por la invasión de los arias.

Para asegurar la felicidad del difunto, y más aun para el preciso reposo de los supervivientes, han imaginado la mayor parte de las religiones los ritos funerarios que reducen al alma á espacios fijos de donde no saldrá más que en épocas determinadas, á donde deberá volver en momentos fijos. Puesto que ella arrastra consigo vapores deletéreos y los miasmas envenenados del sepulcro, puesto que ella alienta la fiebre y las pestilencias, puesto que infecta hasta á los mismos que ha querido, no puede parecerle mal al alma el que se le impongan algunas cuarentenas, algunas lustraciones, antes de aproximarse á los vivos, que respiran el aire por las narices y cuyo pecho es fuente de sangre pura.

Lo que mejor saben hacer los muertos es matar. Por su mediación obran los malos hechiceros y los malditos echadores de suerte. Los hechiceros suben sobre las techumbres de paja, hacen un agujero por el cual dejan caer un hilo que va á tocar al individuo *male-*

*ficiado*. Por mediación de ese hilo absorben la sangre, hacen llegar el veneno hasta el estómago y debilitan los huesos. Si la vida, si la salud son prendas que estimáis, no os encontréis con la mujer muerta de parto, la cual rodea su piedra tumularia. Vestida con una larga camisa blanca, tiene triste cara, espaldas cubiertas de hollín y los pies retorcidos. ¡Y cuidado con el demonio de la epilepsia que se cierne por encima de Djezpour! De la boca le salen llamas. A la media noche se oculta en un rincón oscuro, ó se para en el claro de un tejado, dispuesto á caer sobre el desventurado que vague por las calles. Los tigres tienen abundancia de presas por los juncales; jamás saldrían de las ciénagas para degollar bueyes y cabritos, y aun menos para devorar á un hombre, si no fuese porque un dios les da el mandato expreso, ó que un hechicero vengativo se ha hecho *niliþa* ó duende, metiéndose en su envoltura abigarrada.

Para escapar á la acción malhechora de esos espíritus y de sus compadres, se dirigen á los sacerdotes, mediums oficiales entre el mundo de los vivos y el de los muertos, hechiceros todos, pero de la buena causa. Como su oficio es reconocido indispensable, la comunidad les asigna el usufructo del campo divino. «Su existencia parecería fácil, si no fuese por estar constreñida á un retiro que muchos no podrían soportar; si no fuese porque les está prohibido tomar parte en el noble juego de las batallas, ni pueden compartir su comida con los profanos, ni comer nada preparado por legas manos. La vocación no tienta á muchos, no obstante ser libre la industria sacerdotal y estar abierta á todo el mundo, tanto para la entrada como para la salida — salvo, sin embargo, lo concerniente al culto del Sol, que es hereditario entre ciertas familias. — No importa quién puede consagrarse al servicio de otras divinidades, después del apredizaje de rigor. El aspi-

rante se retira al bosque, en donde entabla relaciones con los demonios que pueblan la espesura y con las divinidades que bordean los caminos. Se deja crecer la barba y el cabello; se necesitan largos y espesos para que adquiera la facultad de adivinar. Pero no será aceptado como profeta antes que haya demostrado saber predecir el porvenir, precaución bastante razonable, seguramente. La divinidad entra en su persona haciéndole estornudar; se presenta como poseído, aulla y vocífera de modo tan irracional como ortodoxo. Cuando se deja sentir la necesidad, se ocupa en buscar hechiceras, descubre y las denuncia para que les saquen los dos incisivos de delante. Ese tratamiento las hará impotentes, incapaces de pronunciar encantamientos con la limpieza necesaria. Una pronunciación defectuosa irrita al demonio, el cual hace caer sobre la torpe el mal que ésta invoca para otro. Los árabes tenían también conocimiento de este procedimiento simple y expeditivo. El sacerdote, hechicero y antihechicero al mismo tiempo, calma el furor de los tigres y neutraliza las pestilencias, según los casos. Encuentra la piedra negra que produce la fiebre, la rocía con sangre, la deposita solemnemente bajo cierto árbol y la rodea con una plantación de euforbios.

Otras hazañas: Recoge las escobas, pucheros desportillados, cantimploras quebradas, cestas fuera de uso, objetos todos que los espíritus de desecho eligen como alojamiento voluntario; los arroja él en terreno desierto: al fondo del bosque, en los brazos de una horca, en las ramas de un árbol muerto. Los había rociado ya con aguardiente ó con sangre, y cuando los demonios golosos se arrojan sobre el cebo, él los reduce á prisión en una empalizada de maderos á los que ha colgado previamente armas viejas cargadas de orín, cercado que ellos no se atreven á salvar.

Al djanni corresponde propiciar los catorce patronos

nacionales y las once divinidades locales, sin olvidar las driadas, las ninfas de los arroyos y de las fuentes, los faunos y silvios. Hay quien habita sobre la tierra, otras debajo; estos últimos salen por las fisuras del suelo, para presentarse á sus adoradores y para picotear en sus trigos: las espigas vacías, marchitas ó con negrilla, han sido desgraciadas por ellos. Bajo un árbol excepcionalmente alto, habita el Gran Padre ó Pilabaldi, asimilado á una piedra, que los fieles embadurnan con azafrán. Los djannis son también los que interpretan la voluntad del destino. Consultando las oscilaciones del péndulo ó rompiendo un huevo y observando la configuración de la clara y de la yema, pronuncian oráculos. Los moundhs celebran una especie de Pascua en la que cada cual se divierte rompiendo un huevo sobre el primero que pasa. Esto es imitación del gran Señor Sing Bouga, que con un simple huevo de gallina rompió los globos de hierro que le oponían sus rivales los Asures, dioses forjadores. Por todas partes los huevos son fatídicos. Los ouraons se los comen con recogimiento sobre el emplazamiento de la huta que van á construir, de la aldea que van á fundar, emplazamiento que ellos han hecho ya propicio arrojando arroz.

Expulsar los espíritus malhechores, proporcionar buen augurio, tales son las ocupaciones ordinarias del sacerdote; las más solemnes consisten en degollar las víctimas cuya sangre saciará la sed de las divinidades, la de los mil y mil diablillos que pululan por el bosque y la campiña, por el aire y por las aguas y por las concavidades de la tierra. Si parece grande cuando sangra pollos y degüella cabras y toros, el hombre divino parece sublime cuando inmola víctimas humanas. Matar niños, matar adultos, matar jóvenes, es función augusta.

El sacrificio bajo sus diversas formas y acepciones múltiples, es la doctrina fundamental de las religiones. «¡Matad, matad!» Esas palabras del obispo que saqueó Beziers hubieran podido escribirse en las fachadas de ciertos edificios menos merecedores del nombre de templos que el de mataderos públicos. Con la carne de los hombres y de los animales, los dioses no podían saciarse. La Tierra, muy particularmente Deméter, la vieja ogra, se presentaba hambrienta y alterada más que todos los otros Inmortales. Eso se explica. Con su amplia fecundidad, con sus procreaciones incesantes, la Madre Cigüeña, que hace renacer las existencias, pulular y agitarse hasta en las últimas moléculas de la materia, no tiene jamás bastante sangre para beber, suficiente y deliciosa sangre roja. La sangre, elemento plástico por excelencia, principio constituyente de la leche alimenticia y del esperma generador, era juzgada como alma misma de los organismos. Pero hay varias clases de sangre. La sangre del hombre se tenía por la más preciosa y por la más rica en fuerza y vitalidad. El agua pasaba por haberse concentrado en la sangre, y muy especialmente en sangre humana, que ella misma se sublimaba en sangre divina. La sangre, decían, nutre la vida toda en la naturaleza, hasta en las plantas y en los espíritus. A los manes se les derramaba sangre para darles la inteligencia y la sensibilidad; se la servía á los olímpicos para conservarlos vigorosos y en salud; y á la Tierra, generadora de las mieses, para fecundarla. La sangre, infalible panacea, elixir de suprema eficacia, tenía en honor prodigarla, en gloria esparcirla sin medida; habíanse acostumbrado, preciso es decirlo, á derramarla como el agua. Los khouds, pueblo olvidado detrás de sus murallas de bosques y lagos, han conservado con su integridad primitiva la antigua creencia según la cual la virtud más poderosa es la de la sangre dada sin regateos ni repug-

nancia. No existe acto más meritorio que el de inmolarse en beneficio de la comunidad. Sin embargo, esas abnegaciones han sido siempre raras, hasta en un pueblo bravo entre los bravos, donde el individuo sabe cuándo es necesario morir noble y sencillamente. El khoudd prefiere también sacrificar la vida de los otros antes que la suya; ya esos ciudadanos celebran su generosidad cuando compran criaturas humanas para regalar á los dioses. Quien quería hacerse popular y merecer el favor celeste, anunciaba que tal día haría degollar una ó varias víctimas. Familias, tribus y aldeas se cotizaban para dar á sus santos patronos y protectores un gran festín, un magnífico auto de fe. En teoría, preferían los sujetos machos á las hembras. Cuanto más hermoso era el ejemplar mayor precio tenía la ofrenda. Numerosas eran las divinidades á las que halagaba tal atención, numerosos también los pretextos: actos públicos ó privados, siembras, recolecciones, lluvias prolongadas, roturación de terrenos nuevos, sequías persistentes y epizootias; un niño enfermo ó una mujer que pedía un hijo. En las calamidades presentes, nada debía ahorrarse. En las grandes mantanzas de los antiguos tiempos, no eran dos ó tres personas las que sacrificaban, sino veinte, treinta ó más. En previsión de las necesidades constantes y de las necesidades accidentales, se reconoció la necesidad de aprovisionarse de sujetos, de tener una buena partida de hostias á disposición del sacerdote; era necesario que la divinidad tuviese constantemente pan, mucho pan sobre la mesa. Había que aprovisionarse de carne, de carne humana en pie. Eso podría parecer difícil.

«La oferta responde á la demanda,» enseña Bastiat, autor de brillantes variaciones sobre el tema de las *Armonías económicas*. Donde se manifiesta una necesidad, no tarda en formarse un mercado. Los dioses caníbales tenían hambre, pagaban bien, los aprovisio-

nadores no tardaron en presentarse: harris gahingas, dombogos, y muy especialmente los panous, población de tejedores y cambalacheros que rodea á los amos del suelo y los explota. Recíprocamente á la protección que ellos les dispensan, ese pueblo sirve á los khouds, y hasta cierto punto los domina. En efecto, los panous han sabido hacerse indispensables. Ellos son los que manipulan los pequeños negocios, se instituyen consejeros, intérpretes y mediadores, mensajeros públicos y privados, brujos y sacerdotes, parecen judíos ó jitanos en medio de los aldeanos magiars, servios ó rumanos. Hacen el comercio entre la selva salvaje y la llanura civilizada, toman productos y encargos; á la tierra baja descienden cargamentos de azafrán y panes de cera, subiendo joyas, sal, hierro y niños. Algunas veces conducen toda una caravana de seres pequeños recogidos de padres pobres que, no alcanzando á poder mantener la familia, consienten en cambiar un rapazuelo vivaracho y simpático por unas cuantas piezas de plata. En Bouster, Djeypour, Kalahandi y otros lugares, los traficantes en carne humana se entendían con bandidos que, ladinamente, sorprendían á las niñas y muchachos junto á las vallas de los cercados, los amordazaban, les tapaban los ojos y se los llevaban. Hacían un buen negocio cuando encontraban alguna mujer de ocasión acusada de hechicería, y de la que sus conciudadanos querían deshacerse. Algunos hermanos han vendido á sus hermanas. Los adultos se pagarían á buen precio sin el peligro del transporte. Con esta carnicería humana sucedía como con la de los animales; la carne sana y joven alcanzaba precios más ventajosos que la enferma, dura ó demasiado tierna. El macho adulto no llega al mercado sino en condiciones excepcionales, y se le había tarifado: un búfalo, un buey de labor, una vaca de leche, una cabra, un vestido de seda, una vasija de cobre, un gran



plato, un régimen de bananas... en total cuarenta artículos, precio fijo, siempre idéntico.

Ninguna víctima podía ser sacrificada si su precio no había sido íntegramente saldado. Condición indispensable. La liturgia insistía sobre el hecho de no haber pecado alguno en matar á un hombre si antes había sido pagado al contado. Convenía prevenir toda reclamación, toda discusión. Los criminales y prisioneros de guerra no hubieran valido nada, ya que su adquisición era sin grandes sacrificios. Aunque los khouds practicasen ampliamente el infanticidio, no cedían ni vendían ninguna de sus hijas que tan fácilmente mataban. Desde el momento que el mercader había recibido un anticipo, quedaba obligado á entregar en fecha fija el número de cabezas estipulado, aun cuando tuviera que incluir á sus hijos para alcanzar la cantidad convenida. El mismo respondía á la comunidad de los accidentes ulteriores. Si la víctima escapaba al suplicio, se resarcían con la cabeza del vendedor; era necesario que el miserable fuese jefe de familia. En los contratos se decía que era padre de los sujetos por él vendidos, fórmula que á veces expresaba la verdad, y que nos informa del carácter primitivo de la institución.

«Cuéntase que algunos khouds viajaban con uno de esos honrados suministradores por un distrito hostil á los ritos sangrientos. El cambalachero fué encontrado por uno de sus parientes, desesperado de que su prima, á la que amaba, hubiera sido entregada al verdugo por su padre sin entrañas. Corrió hacia él y le dijo:

«—Hete por aquí, padre que vendes tus propios hijos. y le arrojó un salivazo á la cara. Inmediatamente intervinieron los khouds, ansiosos de consolar á su compañero. — ¡No te disgustes por eso! Ese bestia de hombre ignora que sacrificando tus propios hijos tú fuiste nuestro bienhechor y el protector de nuestra

tribu. No te inquietes. Los dioses enjugarán el escupitajo que ese necio arrojó sobre tu cara» (1).

Nosotros nos sentimos inclinados á creer que en su origen, los panous estaban obligados á suministrar á los dueños del suelo un tributo en cabezas, tributo que había sido gradualmente transformado en mercado. Así se explica que los tchoutias se hiciesen entregar todos los años cierto número de víctimas por una tribu á la que se le había condonado todo impuesto, y la llamaban *sar* ó libre. Otro ejemplo: Los bhoyas del Bengala tenían en otro tiempo una especie de rey que, empuñando el sable, el «Sable de la Dinastía», cortaba el cuello á un individuo de la alta y noble familia de los Kopat, la cual, como indemnización á tan triste fatalidad, tenía en usufructo un considerable dominio. Transcurriendo el tiempo, la ceremonia fué modificada: el hombre destinado al sacrificio caía al golpe de la espada que simulaba haberle dado muerte, y tres días después reaparecía entre los vivos diciendo haber salido de la tumba.

Hemos dicho que los khouds mataban sus hijas, pero no las sacrificaban. Esa expresión demasiado terminante debe ser rectificada y explicada. Los khouds no sacrificaban á sus hijos porque los panous entregaban los suyos, ¿pero y si los panous no hubiesen hecho su macabra abdicación? Varios pasajes de la liturgia, muchos artículos de la dogmática prueban que en tal caso hubieran tenido que dar satisfacción á la sedienta diosa con la sangre de su propia progenitura, hasta con la de su propio padre, como hacían antes los adoradores de Moloch y todos esos Abraham que degollaban su Isaac. Ciertamente que no ofrecían á Tasi sus legítimos descendientes, pero Tasi se saciaba con los ilegítimos. Ya sabemos que en Khoudia los casamientos eran raros por

(1) Macpherson.